

ARCHIMANDRITA SOPHRONY

**VIDA Y ENSEÑANZA
DE SAN SILOUAN
EL ATHONITA**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2014

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Joaquín Maristany del original ruso

- © 1999, 2002 Derechos mundiales de los textos del Archimandrita Sophrony: «Старец Силуан» (Paris, 1952) y «Преподобный Силуан Афонский» (Tolleshunt Knights, 1990). ISBN: 978-0-9512786-7-3 Stavropegic Monastery of St John the Baptist, Essex, G.B.
No están permitidas traducciones a partir del original o de traducciones del original sin el permiso escrito de Monastery of St John the Baptist, G.B.
- © 2010 de esta traducción: Stavropegic Monastery of Saint John the Baptist, Tolleshunt Knights, by Maldon, Essex (Gran Bretaña)
- © de la presente edición: Ediciones Sígueme S.A.U., 2014
C / García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1858-8

Depósito legal: S. 8-2014

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

CONTENIDO

<i>Presentación</i> , de Jean-Claude Polet	9
Prólogo	11
1. Infancia y juventud	13
2. Llegada al Monte Athos	25
3. Ascesis monástica	39
4. Retrato y conversaciones del <i>stárets</i>	57
5. Enseñanza del <i>stárets</i>	81
6. De la oración pura	143
7. De las diversas formas de la imaginación y del combate ascético contra ellas	163
8. De la luz divina increada y los modos de su contemplación	179
9. De la gracia y de la formación de la conciencia dogmática	195
10. Pruebas espirituales	205
11. «Mantén tu espíritu en el infierno y no desesperes»	219
12. La palabra divina y los límites de la naturaleza creada	227
13. De la fuerza de la oración por el mundo	237
14. La última palabra	243
15. La muerte del <i>stárets</i>	249
16. Testimonios	259
Epílogo	265

PRESENTACIÓN

Jean-Claude Polet

Esta vida de Silouan que el padre Sophrony, único discípulo y confidente del santo *stárets*, dibuja con la simplicidad de un breve boceto biográfico, afronta también los desafíos espirituales que Silouan hubo de experimentar.

La vida de san Silouan nos muestra a un niño sensible al misterio de Cristo; al *misterio*, ya que la racionalidad dominante se oponía a todo esto, y él tuvo plena conciencia de ello.

Joven aún, se enfrentó a las energías de la naturaleza y de su propio temperamento, a la violencia y a los impulsos descontrolados de la vida, de la suya y de los demás. A pesar de todo, con la ingenuidad y la fe del que busca a Dios, cuyo descubrimiento había anhelado desde la infancia, elige resueltamente la vida monástica, porque sabe que es allí donde jamás cesará de buscarle.

La ascesis extrema a la que se somete ya como novicio, la oración intensa e ininterrumpida, el espíritu de arrepentimiento radical que le posee, la entrega pura y absoluta de su libertad a la búsqueda de Cristo, le llevan pronto a agotar hasta el límite las fuentes y recursos de la vida; le arrastran a los tormentos de la derelicción, al abismo de la desesperación y a la angustia de no poder escapar jamás de su condición de pecador. Silouan se ve conducido al límite extremo del no ser, donde la conciencia se da cuenta de la inconsistencia ontológica del ser humano.

Es entonces cuando, como alternativa a la total apertura de su libertad y a su ser irremediamente cerrado, recibe la visión de Cristo mismo, que se le muestra con la evidencia y el poder del Espíritu Santo, ocupando todo su ser y su conciencia, e imprimiéndole para siempre una huella indeleble: una nostalgia infinita, una experiencia desconocida para él del ser y de la conciencia, la santi-

dad misma de Dios. De vuelta a la vida ordinaria, habiendo dejado la experiencia inmediata del Reino de los Cielos, durante quince largos años sentirá el abandono, el estrujamiento de su ser por las dudas de su conciencia, las oscilaciones desconcertantes para él entre la soberbia y la humildad.

A pesar de todo, la gracia de Dios vuelve a visitarle de forma más sostenida, más frecuente, más pacífica, después de que del fondo de su corazón había surgido este apotegma insólito pero consolador: «¡Mantén tu espíritu en el infierno y no desesperes!». Su libre, obstinada y decidida fidelidad se conservó en él, pero reconciliada. Esta esperada pacificación se forjó en el abismo de un arrepentimiento que, franqueando las fronteras de la individualidad humana, abrazó en su amplitud a la humanidad entera, al Adán total.

El itinerario de Silouan posee una peculiaridad significativa, la de conducir la conciencia hasta una certeza: cualquier persona hoy, como hace dos mil años, puede progresar en el camino de la santidad propuesto por la tradición patrística y mística de la Iglesia.

PRÓLOGO

La Revelación nos dice: «Dios es Amor», «Dios es Luz, en él no hay tiniebla alguna» (1 Jn 4, 8; 1, 5).

¡Qué difícil nos resulta a los seres humanos aceptar estas palabras! Difícil, porque nuestra propia vida y la del mundo que nos rodea muestran más bien lo contrario.

¿Dónde se halla, en efecto, esta Luz del Amor del Padre si, llegados al ocaso de nuestras vidas, debemos reconocer con Job, con la amargura en el corazón: «Mis días han pasado, se han frustrado mis proyectos, mis esperanzas se han desvanecido. El lugar de los muertos será mi casa... ¿Dónde está, pues, mi esperanza? Y aquello que, desde mi juventud, mi corazón, secreta pero ardientemente, perseguía ¿quién lo verá?» (Job 17, 11.15).

Cristo mismo atestigua que Dios, en su Providencia, vela atentamente por toda la creación. Se acuerda hasta del más pequeño de los pájaros y cuida incluso de la hierba del campo. Y su solicitud por los hombres es incomparablemente mayor, hasta el punto de que «los cabellos de nuestra cabeza están contados» (Mt 10, 30).

Pero ¿dónde se encuentra esta Providencia que vela hasta por los menores detalles? Estamos abrumados por el espectáculo del dominio incontenible del mal en el mundo. Millones de vidas, con frecuencia apenas iniciadas, antes incluso de que hayan adquirido conciencia de sí mismas, son arrebatadas con increíble crueldad.

¿Por qué, entonces, esta vida absurda nos ha sido dada?

Y el alma ansía encontrar a Dios para decirle: «¿Por qué me diste la vida? Estoy colmado de sufrimientos; las tinieblas me rodean. ¿Por qué te escondes de mí? Sé que eres bueno, pero ¿cómo eres tan indiferente a mi dolor? ¿Por qué eres tan cruel, tan implacable conmigo? No puedo comprenderte».

En nuestra tierra vivió un hombre poseído por el deseo de Dios. Se llamaba Simeón. Durante mucho tiempo oró, llorando sin cesar: «¡Ten piedad de mí!». Pero su grito se perdía en el silencio de Dios.

Perseveró meses y meses en esta oración, hasta el agotamiento de las fuerzas de su alma. Llegó al borde de la desesperación y gritó: «¡Eres inexorable!».

Estas palabras terminaron de romper su espíritu deshecho por la desesperanza. Pero entonces, de repente, por un fugaz instante, vio a Cristo viviente. Su corazón y su cuerpo fueron invadidos por un fuego tan violento que, si la visión se hubiera prolongado, no habría sobrevivido.

Desde entonces jamás olvidó la mirada de Cristo, una mirada de dulzura indecible, infinitamente amorosa, llena de alegría y paz. Y durante los muchos años de vida que le fueron concedidos, testificó incansablemente que Dios es Amor, Amor infinito, insondable.

De este testimonio del amor divino vamos a hablar.